

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

JUEVES 4 DE ENERO DE 1900

Empresa Universal de Anuncios

Esta Sociedad tiene el honor de poner en conocimiento del público, que desde el próximo mes de Febrero, pondrá á la circulación en esta ciudad, un vehículo anunciador con patente de invención núm. 23.483, concedida por R. O. de 27 de Enero de 1899, haciéndose este servicio en las condiciones siguientes:

- 1.ª Esta carroza anunciadora circulará diariamente dentro de la población de día y noche, verificándose este último servicio con luz eléctrica.
- 2.ª Dicho carruaje estará en esta Estación del Ferrocarril á la llegada de todos los trenes, á fin de que los señores viajeros tengan conocimiento de las Fondas y Casas de huéspedes más recomendadas, como también Cafés y demás establecimientos comerciales é industriales.
- 3.ª En el referido vehículo habrá un departamento en donde se expendrán objetos de escritorio, papel de fumar, cerillas y periódicos locales, nacionales y extranjeros.
- 4.ª También se expondrá al público desde la mencionada carroza y diariamente, todas las noticias de interés general, cotizaciones de bolsa, y cuantos sucesos de importancia ocurran, tanto en España, como en el extranjero, á cuyo fin se cuenta con activos corresponsales en todos puntos.
- 5.ª Dos veces al mes se repartirán desde la indicada carroza, seis millares de ejemplares de un boletín que circulará esta Empresa, en donde se insertarán todos los anuncios que contenga aquella, para mayor publicidad de los mismos.

Se admiten anuncios para esta localidad y combinados con Madrid, Barcelona y Valencia, punto en donde se hallan establecidos estos vehículos anunciadores; y desde 1.º de Febrero próximo, con Cartagena, Alicante, Cádiz, Sevilla, Málaga, Bilbao y demás poblaciones que se establezcan.

También se admiten encargos para repartir al público desde el referido carro, y por medio de una batería de cervatanas que llevará en ambos lados, cuantos anuncios impresos se deseen.

Los señores abonados, disfrutarán gratis de este servicio.

La dirección y oficinas de esta Empresa, se hallan establecidas en esta ciudad, calle de Padilla, 31, á donde se dirigirá toda la correspondencia, y se enterará al público de la tarifa de precios, y de cuantos antecedentes solicite.

Murcia 4 de Enero de 1900.

LA EMPRESA.

†
LA SEÑORA

D.ª Dolores Massa y Melgarejo

Viuda de D. Luciano Díez y Sanz de Revenga

falleció en la ciudad de Albacete

el día 2 de los corrientes, á los 64 años de edad

R. I. P.

Sus desconsolados hijos D. JUAN, D.ª MARÍA y D.ª VICENTA, hijos políticos D.ª RAFAELA CRUZ y D. FRANCISCO SANDOVAL, hermana, nietos, hermanos políticos, sobrinos, sobrinos políticos, primos y demás parientes;

Participan á sus amigos tan sensible pérdida y les ruegan encomienden á Dios el alma de la finada, por cuyo favor les anticipan la expresión de su reconocimiento.

Albacete 3 de Enero de 1900.

LA BATALLA DE FLORES

Todos recuerdan el éxito extraordinario y la brillantez por todos reconocida con que se celebró el pasado año la batalla de flores durante las fiestas de Pascua de Resurrección.

De todos los festejos entonces verificados, seguramente que este resultó el más indiscutible, venciendo los pesimismo de los muchos que creyeron iba á resultar un fracaso.

En vista de aquel éxito, se dijo entonces que la batalla de flores era festejo consagrado ya para todos los años en esta ciudad.

Pero se aproxima el tiempo en que han de repetirse aquellas fiestas: se habla mucho de una Exposición, de dudoso éxito y de discutible eficacia: se habla de un Congreso ó Asamblea Nacional de Agricultores, de seguros resultados y de eficacia indudable: se habla del Entierro de la Sardina, y se prepara con gran brillantez su celebración por una junta entusiasta: se tiene por seguro la celebración de dos grandes corridas de toros; y en cambio, de la batalla de flores nada ó bien poco se ha dicho hasta ahora.

No se trata de un festejo costoso, pues sabido es que la subasta de tribunas y venta de sillas, ocurre con exceso á los gastos que pudiera ocasionar: es seguro que por el número de carrozas, y la esplendidez y buen gusto de estos, no merecería la batalla, antes la superaría, de la celebrada el año anterior: ¿qué falta pues? que la iniciativa surja y esta á nadie corresponde más que al ayuntamiento, iniciador de estos festejos, y cuya comisión aun no se ha reunido para

tratar de los del año actual: cuando tantas juntas particulares celebran frecuentes reuniones para tratar de la celebración de aquellos.

Acuerde el ayuntamiento, como no puede menos, la celebración de la batalla de flores y seguramente que el Sr. Marqués de Rioflorida y los que bajo la acertada dirección de este, llevaron á vías de realización la batalla el pasado año, acometerán en el presente con idéntica gallardía y análogo sino mayor éxito, la empresa.

La opinión pública demanda la celebración de este festejo, tan brillante como culto y poético: y no creemos que el silencio guardado hasta ahora sobre el particular, signifique indiferencia, cuando tan satisfechos quedaron de aquel en el pasado año los murcianos y los forasteros y constituye uno de los números de mayor atractivo de nuestras fiestas de primavera.

EL SUEÑO DE PACO PIN

¡Dios de Dios! y cómo se aburría Paco Pin! El mundo le parecía soso, la realidad insípida. La repetición rítmica de los fenómenos le causaba hastío. ¡Siempre el mismo cielo, las mismas estrellas, la misma luna! ¡Siempre las mismas estaciones, los mismos partidos sucediéndose unos á otros con monótona regularidad! ¿Por qué había de salir el sol todos los días? Era insostenible.

Una sola cosa interesaba á Paco Pin y despertaba su curiosidad. Por desgracia era una curiosidad imposible de satisfacer. Paco Pin quería saber lo que sería del mundo después que él hubiese muerto. —Si yo hubiera fallecido antes de 1789—se decía,—no habría tenido noticia de la revolución francesa; si á fines del siglo pasado, no habría alcanzado al gran Napoleón; si hace un par de años,

no hubiese admirado los éxitos del gran Polavieja. ¿No es esto absurdo? Colabore usted en la historia en la medida de sus fuerzas, concorra usted á la obra del progreso, interese usted por todo, para que el día menos pensado una fiebre ó una pulmonía le obliguen á dejarlo todo bruscamente sin saber siquiera en qué para. ¡Esto es horrible!—Y Paco Pin hubiese dado cualquier cosa por averiguar siquiera lo que será de España en 1900.

Pensando en esto, su mirada errabunda fijóse por acaso en un anuncio impreso en gruesos caracteres en la cuarta plana de un periódico: «Insomnios—decaía—El doctor Dulcamara, discípulo de los faquires de la India, produce el sueño á voluntad. Se puede dormir un día, una semana, un mes, un año, un siglo.» ¡Un siglo! Paco Pin se caló el sombrero y se fué casa del doctor.

—¿El doctor Dulcamara?—Servidor de usted—¿Es usted el discípulo de los faquires?—El mismo.—Me aburro, doctor.—Bueno.—Padezco de insomnio.—Eso se cura.—Quiero dormir.—Dormirá usted.—¿Un siglo?—Un siglo.—Pero si duermo un siglo, ¿quién me despertará?—Usted mismo abrirá los ojos al cumplirse los cien años.—¿Cuándo puedo empezar á echar esa siesteita?—Cuando usted guste.—¿Cuánto me va usted á llevar, doctor?—Toda su fortuna.—Corriente, dijo Paco Pin. Y dió al doctor cuarenta reales.

—¿Había dormido Paco Pin un siglo ó una hora? No podría decirlo. Al despertar sintió frío, dolores en todos sus miembros y quebrantamiento de huesos. Antes que se decidiera á abrir los ojos oyó sonar en sus oídos voces extrañas, singulares, exóticas:

—¿Was hat dieser mann? (¿Qué tiene este hombre?)

—*The is druk.* (Está borracho.)

—*E morto.* (Está muerto.)

—*Peut etre qu'il est fou.* (Acaso esté loco.)

Paco Pin miró en torno suyo. Cuatro hombres de raras cataduras le rodeaban.

—¿Qué gente es esta?—preguntó como hablando consigo mismo.

Sin duda aquellos hombres comprendían el castellano, porque todos se apresuraron á responder:

—*Ich bin Deutsch.* (Yo soy alemán.)

—*I am english.* (Yo soy inglés.)

—*Io sono un figlio della bella Italia.* (Yo soy un hijo de la bella Italia.)

—*Moi je suis francois monsieur de cœur meme de la vielle France.* ¡Vive l'armé! (Yo soy francés, caballero, del centro mismo de la vieja Francia. ¡Viva el ejército!)

—¿Donde estoy?—preguntó Paco Pin, ni más ni menos que una heroína de novela.

El francés, con su amable locuacidad, lo sacó de dudas. Estaba sobre las ruinas de Madrid, destruido años antes por una cruzada de las provincianas, llenas de indignación contra los vicios de la Babilonia española. Yacía cerca de un antiguo y abandonado cementerio. Una jauría de perros hambrientos le había arrastrado hasta allí y se aprestaba á devorarlo cuando llegaron en su auxilio los extranjeros que á la sazón le rodeaban. Entonces comprendió Paco Pin por qué se sentía tan asendereado y maltrecho.

—¿Y vosotros quienes sois?

—Este tío de las patillas es un hijo de la Albión pífida que ha venido á España á explotar una mina. El de la barba roja es un condenado prusiano que dirige la construcción de un camino de hierro. Este morenito italiano comercia en baratijas. Yo he venido á emprender un gran negocio vitivinícola, una vasta

plantación de vides de que me propongo extraer un Borgoña sin rival.

—¿Es que no hay ya españoles en España?

Los circunstantes se miraron unos á otros con extrañeza. ¡Españoles en España! No, ya no había. Quedaban algunos refugiados en sitios abruptos; las alturas del Moncayo, las cimas del Pirineo, las crestas de la Alpujarra y las fragosidades del Maestrazgo. Otros pocos trabajaban á sueldo de las empresas extranjeras. Era la excepción. Casi todo el territorio de España estaba libre de españoles.

—¿Y qué ha sido de ellos?—preguntó con ansiedad Paco Pin.

—*Mon Dieu!* Unos han muerto, otros se fueron. Verá usted: un economista del siglo pasado, Mr. Blum, nos reveló que la riqueza del subsuelo español era tan enorme como absoluta la incapacidad de los habitantes para utilizarla. Según su expresión, los españoles se morían de hambre tendidos sobre un tesoro. Vinimos. Al principio los capitales extranjeros se servían para la explotación del trabajo indígena. Luego dieron en desecharlo. Alegaban que, aunque barato, les salía caro. Las empresas de cada país procuraron traerse á sus patriotas, tanto más cuanto algunos de esos países estaban como Italia y Alemania, plétóricos de población. Fué una invasión, una avalancha ante la cual hubo de ceder el pueblo autóctono. Los que no quisieron morir de hambre tuvieron que emigrar yendo á poblar las costas de África y las soledades de América.

—¿Y allí qué hacen?

Esta pregunta fué acogida por una general carcajada.

—Trabajan—dijo el francés, sin poder reprimir su hilaridad;—trabajan como negros, como fieras. Por la eficacia de su esfuerzo Argelia y Túnez se han convertido en un paraíso. Marruecos, sometido al triple protectorado franco-anglo-alemán, es gracias á ellos un vergel. En Buenos Aires, en Montevideo, en Chile, en el Perú, en toda la América latina su actividad sostiene la industria y el comercio y labra la prosperidad de aquellas Repúblicas. ¡Raza singular esta raza española, estéril en su propia casa, fecunda fuera, maldición para los suyos, bendición para los extraños, planta ubérrima que no da fruto á su dueño y se lo prodiga al vecino!

Reían aquellos hombres, y Paco Pin no quiso escuchar más. Arrastrándose como pudo, fué á refugiarse entre unas ruinas. Allí, en el rincón más oscuro, se acostó y se volvió á dormir para siempre.

ALFREDO CALDERON.

LOS POBRES

Andando por esas calles y caminos, á la ventura, implorando humildemente el mendrugo de pan, las sobras de los festines de los ricos....

¿Donde irán?

Los rayos del sol, en estío, cayendo sobre ellos, curtiendo sus carnes, bruhéndoles con el color moreno y brillante.

El frío de Enero, entumesciendo los miembros y apretando las carnes.

Las borrascas de Noviembre, azotando el cuerpo y desgranando los largos y enmarañados cabellos.

Y así van siempre; andando. ¡¡Pobres pobres!

La sociedad es infame; hace hijos y no sabe hacer hombres.

No; no me digais que los pobres, la ma-

yoría, son vagos de oficio, gandules irreducibles.

¿Acaso hay felicidad en la pobreza?

¿Es feliz la vida de esos desheredados que pasan el día vagando por las calles en espera de un alma caritativa que les dé un pedazo de pan, y que en la noche, ya tarde, vuelven al tugurio apesados de los extremos barrios, y en aquellas cloacas húmedas, ruinosas y mal olientes encuentran á la familia que ha vuelto, á los pequeñuelos esperando el pan recogido durante el día para devorarlo con ansia de tigre hambriento, á obscuras y en un rincón, olvidados, solos y enfermos?

Y también, ¿qué decís de los pobres que trabajan?

—Esos sí que son desgraciados! Los humildes obreros, sobre todo los de las grandes capitales, ¿cuánto padecen!

El jornal mísero, el amo soberbio y brutal, la taberna atrayendo con sus vahos alcohólicos, como meretriz impura que ofrece sus caricias que embrutean y matan, pero que fascinan y enloquecen.

Y luego, al fin de la misera jornada, cuando el cuerpo se doblega al peso de los años y los sufrimientos, la muerte horrible del día para devorarlo del miserable, con todos los refinamientos del dolor, con todas las crueldades vulgares y terribles de tragedia espeluznante.

Y más aún, luego á la sala del hospital, á servir de juguete á los doctores sedudos y graves que estudian en los cuerpos de los pobres para curar á los ricos.

Y aun más; ya despedazados, en un carro, á la fosa común, en montón, y... ¡tierra encima!

¿Verdad que esto es vulgar? Sí, vulgar es; pero terrible.

Humanidad que trabajas y luchas sin descanso, redime al pobre, sé humanitaria.

No aspiremos á ser todos ricos; aspiremos á ser todos pobres, y entre las tinieblas de la ignorancia, de la pobreza, de la miseria surgirá el sol grande y fecundo de la redención humana con todos los soberbios esplendores del amor en apoteosis magnífica y triunfante.

José MARTINEZ ALBACETE.



BERRYER

Este ilustre jurisconsulto de la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuya estatua se levanta ante el Palacio de Justicia de Marsella, como muestra del reconocimiento de su talento, nació en París el 5 de Enero de 1790 y en la pila bautismal pusieronle por nombre Pedro Antonio.

Contra la voluntad de su padre pretendió Berryer, que había sido educado en el Oratorio de Juilly, abrazar la carrera eclesiástica arrastrado por su mucha religiosidad; mas al fin desistió de sus propósitos y al fin se dedicó al foro, en el que á los 25 años había ya logrado señalados triunfos y hacerse una reputación verdaderamente rara por la edad y por el breve tiempo en que fué hecha.

En el campo literario también logró grandes triunfos y como premio á su valer, la Academia Francesa le recibió en su seno por gran mayoría de votos.

También fué político, pero nunca fué aficionado á tomar parte en las luchas que en su época tanto agitaron á Francia.

Militaba en el partido realista, y aunque era uno de los mas entusiastas y de

